

Capítulo IV

*El Fundador del Opus Dei
y Nuestra Señora de Torreciudad*

José Orlandis Rovira

*Catedrático de Historia del Derecho Español. Historiador de la Alta Edad Media.
Director del Instituto de Historia de la Iglesia (Universidad de Navarra)*

Un nuevo capítulo en una larga historia

LA celebración en el año 1984 del Noveno Centenario de la Virgen de Torreciudad sirvió para poner una vez más de manifiesto la devoción de los cristianos a la Madre de Dios y en particular de las gentes de la región aragonesa del Somontano de Sobrarbe. A lo largo de nueve siglos, desde los días mismos de la Reconquista, se ha rendido culto de modo ininterrumpido a Nuestra Señora de Torreciudad, en su ermita colgada a pico sobre los imponentes acantilados que dominaban el cauce del río Cinca. Durante tanto tiempo, generación tras generación, los pueblos de la comarca mantuvieron viva la costumbre de acudir en peregrinación a este lugar para rezar ante la Virgen, confiarle sus alegrías y penas, pedir por sus necesidades y agradecerle favores y gracias. Es, sin duda, una hermosa epopeya cristiana, casi milenaria, bien merecedora de recuerdo y estudio. Pero esa historia quedaría

incompleta si nos limitásemos a evocar tiempos pretéritos, por viejos y venerables que sean. La historia de Torreciudad llega viva hasta nuestros días, y ha de recoger un capítulo novísimo, digno coronamiento de tantos siglos de fe cristiana y de piedad mariana. Este capítulo se halla íntimamente ligado a la vida del Fundador del Opus Dei, y en él se inscribe la construcción del nuevo Santuario, donde hoy se rinde culto a la Madre de Dios, bajo la advocación de Nuestra Señora de Torreciudad, Reina de los Ángeles.

Ese capítulo, el más reciente de la historia de Torreciudad, que es también parte entrañable de la historia del Opus Dei, se abrió casi con nuestro siglo, concretamente en 1904, en Barbastro. Josemaría Escrivá de Balaguer, cuando apenas tenía dos años, contrajo una grave enfermedad y fue desahuciado por los médicos. Éstos, perdida ya toda esperanza, anunciaron a los padres que al niño le quedaban pocas horas de vida. En esos momentos de ansiedad, cuando los medios humanos ya nada podían, la madre,



Doña Dolores Albás y don José Escrivá de Balaguer.



Primera fotografía que se conserva de Mons. Escrivá de Balaguer. Tenía poco más de un año.

doña Dolores Albás, pidió confiadamente a Nuestra Señora de Torreciudad —por la que sentía gran devoción— el favor de la curación de su hijo, prometiéndole que, si se salvaba, lo llevaría a la Ermita para ofrecerlo a la Virgen, en peregrinación de acción de gracias.

El niño sanó y los padres cumplieron puntualmente su promesa. No era fácil, por los caminos de entonces, llegar desde Barbastro a Torreciudad; y el viaje se hacía más incómodo, y hasta peligroso, en la última parte del recorrido, cuando había que seguir los vericuetos de un escarpado sendero que remontaba a media altura las empinadas laderas de la hoz del Cinca. La memoria de aquella romería permaneció viva en el hogar de los Escrivá, y allí, el Siervo de Dios oíría más tarde el relato de la aventura. Se le quedó muy grabada, y habría de recordarla a menudo: *Me trajeron mis padres —contaba—. Mi madre me llevó en sus brazos a la Virgen. Iba sentada en la caballería, no a la inglesa, sino en silla, como entonces se hacía, y pasó miedo porque era un camino muy malo.*

El nuevo «descubrimiento» de Torreciudad

Este episodio de la infancia de Josemaría Escrivá de Balaguer, nunca olvidado, per-

maneció, sin embargo, durante muchos años celado por el velo del silencio. El principio del que hemos llamado *nuevo capítulo* en una larga historia se remonta a un día de otoño del año 1956 y tuve la suerte de conocerlo de primera mano. Nos llegó a Zaragoza, traída por don José María Hernández Garnica, una vieja estampa de Nuestra Señora de Torreciudad, que Mons. Escrivá de Balaguer había enviado desde Roma. Y sobre la estampa, escrito de su puño y letra, se leía: *A esta ermita me llevó mi madre, después de mi curación, cuando yo tenía un par de años: porque —repetía siempre— desahuciado por el médico, me curó la Santísima Virgen.*

Torreciudad: era la primera vez que oíamos mencionar este nombre. Importaba ante todo identificar el lugar, que sabíamos que se encontraba cerca de una aldea llamada Bolturina. En el Departamento de Geografía Aplicada de la Universidad de Zaragoza, creado y dirigido por José Manuel Casas Torres, existía una buena colección cartográfica con los mapas más recientes, y en ellos buscamos inútilmente el nombre de la pequeña localidad. Fracasado ese primer intento, el profesor Casas Torres sugirió proseguir la pesquisa buscando en mapas más antiguos. Justamente por entonces, el Departamento estaba poniendo a punto la reedición de una obra antigua de alto valor científico y agotada desde mucho tiempo

atrás, la *Historia de la Economía Política de Aragón*, de don Ignacio Jordán de Asso, publicada en Zaragoza el año 1798. El libro de Asso contenía buen número de mapas, confeccionados por el propio autor, y en uno de ellos, que comprendía la región del alto valle del Cinca, apareció por fin el topónimo Bolturina.

El día siguiente, 21 de octubre, era domingo y decidimos hacer una «descubierta» en busca de Torreciudad. En el mapa de Asso aparecía —como decimos— la aldea de Bolturina y en las cartas actuales podía verse que hasta allí llegaba un camino de tierra, que arrancaba de la carretera de Barbastro a Graus. Bolturina en 1956 contaba todavía con algunos vecinos. Llegamos hasta el lugar en automóvil y comprobamos que allí moría, efectivamente, el camino vecinal. Al oír el insólito ruido del motor de un coche, una mujer anciana salió de su casa y a ella nos dirigimos para que nos orientase



Casa natal del Fundador del Opus Dei, en la plaza del Mercado, Barbastro.



LA VIRGEN DE TORRECIUDAD

Un arqueólogo al ver esta estampa, nos diría que se trata de una imagen mucho más antigua que la Virgen del Plano. Por desgracia, en este antiguo cliché, queda oculto el trono, en que está sentada, y aparece un tanto desfigurada bajo el manto con que la piedad de los fieles ha querido honrarla.

Su ermita se encuentra situada en el término de Bolturina, pueblo, que se supone, debió ser en tiempos de mayor vecindario, por hallarse restos de edificios en diferentes partes y sobre todo un castillo contiguo a la población, que debió jugar no pequeño papel en tiempos de la reconquista. La tradición dice que se veneró allí la imagen, que ahora se venera en Torreciudad, y que ocultada, para que no corriera peligro de caer en manos de los sarracenos, fué hallada después en el lugar en que hoy se venera.

18

Autógrafo de Mons. Escrivá de Balaguer, 1956.

sobre el modo de llegar hasta Torreciudad. Era forzoso, naturalmente, seguir a pie por un sendero de montaña. *Cuando lleguen a lo alto y hayan coronado la sierra —dijo—, podrán ya ver desde allí la ermita y a su lado una torre: aquello es Torreciudad.* Y añadió que la ermita permanecía abierta, al cuidado de una *santera*, durante la buena estación, que es cuando acudían las gentes de la comarca a visitar a la Virgen; en otoño la Ermita se cerraba, la *santera* bajaba a su pueblo y allí permanecía hasta la primavera.

Estábamos ya en la segunda mitad de octubre y alguno de nosotros preguntó a la vecina si en aquellas fechas, avanzado ya el otoño, la ermita estaría todavía abierta, no fuera que la encontrásemos cerrada y hubiéramos hecho el camino en balde. La respuesta de aquella buena mujer nos dejó ad-



Mapa de Aragón, de Juan Bautista Labaña, en la «Historia» de Jordán de Asso (1798).



Exterior e interior de la ermita el 21 de octubre de 1956.

mirados, por su sencillez y sentido sobrenatural: *Si encontrarán la ermita abierta no se lo puedo decir; pero ustedes de todos modos vayan, que aunque la encuentren cerrada la Virgen igual se lo ha de agradecer.* Después de oír esto ya no quedaba otra salida que ponerse en camino.

El sendero que llevaba a lo alto de la sierra era empinado y a veces parecía incluso perderse entre la maleza; la vegetación era la propia del monte bajo, con matorrales, zarzas, espinos y, de trecho en trecho, algún árbol desperdigado. Coronamos por fin la cresta y desde allí pudimos dominar la otra vertiente. Descendía ésta hasta el cortado abierto en los roquedales por el río Cinca. Y allí, al borde mismo del escarpe, se alzaba la antigua torre de señales y a sus pies, como protegida por ella, la Ermita. El panorama era grandioso, pero tremendamente duro. Hacia el norte se perfilaba la muralla del Pirineo, cubierta con las primeras nieves otoñales. El embalse de El Grado no existía: ni siquiera se habían iniciado las obras de la presa. A medida que nos íbamos acercando, sorprendía más el inverosímil emplazamiento de la Ermita, erguida sobre un altísimo acantilado que caía en vertical hasta el fondo de una angostura, por donde discurrían, cien metros más abajo, las aguas del Cinca.



La Virgen en la vieja ermita

Próximos ya a la ermita advertimos con alegría que estaba abierta y la *santera* seguía allí. Otras dos personas de un pueblo de la comarca habían llegado también de romería; pero no vinieron por Bolturina, sino siguiendo la senda que desde el actual arranque de la presa ascendía monte arriba bordeando el curso del Cinca, y que fue —como se ha dicho— el camino que tomaron los padres del niño Josemaría Escrivá, cuando lo trajeron para agradecer a la Virgen su curación.

Entramos en la ermita y rezamos por vez primera ante Nuestra Señora de Torreciudad. Seguidamente, gracias a las facilidades que nos dio la *santera*, que abrió el camarín, pudimos contemplar de cerca la Imagen y hacer incluso algunas fotografías, en las que resulta difícil reconocer la bella talla medieval que preside ahora el retablo del Santuario. La Virgen se hallaba *vestida*, según fue moda durante varios siglos; y los buenos devotos de entonces, disconformes a lo que se

Madre mía y Señora
mía de Torreciudad, Reina
de los ángeles, monstra te
esse Matrem y haznos bue
nos hijos: hijos fieles
Torreciudad, 7 de abril, 1970.

Escrivá

Dedicatoria escrita por el Fundador del Opus Dei en su romería del 7 de abril de 1970.

ve con el color oscuro de la talla románica, habían enjalbegado el rostro y las manos de la Virgen y el Niño, que era lo único que las telas que los recubrían dejaban al descubierto. El cuadro de Nuestra Señora que se encuentra ahora sobre el altar de la Ermita puede dar una idea aproximada del aspecto que presentaba la Imagen, antes de la restauración que le devolvió su forma originaria.

Para enviárselas también a Mons. Escrivá de Balaguer hicimos varias fotografías más del interior y exterior de la ermita, de la vieja torre y del paisaje que desde allí se divisaba, un paisaje hermoso, pero áspero y casi salvaje: aquel rincón perdido en las fragosidades del Somontano sobrarbense parecía estar casi en los confines del mundo. Nos despedimos de la Virgen y emprendimos el regreso. En Barbastro nos detuvimos para saludar al Vicario General, don Santos Lalueza, y darle la noticia de la visita que habíamos realizado a Torreciudad. Volvíamos hacia Zaragoza con la impresión de que, con criterios prudentes en lo humano, nada cabía hacer en aquel lejano e inhóspito paraje donde se encontraba la ermita. Era precisa la recia fe y el encendido amor a la

Virgen del Fundador del Opus Dei para acometer una *locura* más y conseguir el *imposible* de transformar lo que habíamos visto aquel día en lo que hoy es el Santuario de Torreciudad.

Bajo el impulso espiritual del Fundador del Opus Dei

Pero, ¿podrá acaso sorprender que quien amó tanto a la Santísima Virgen se sintiera hondamente conmovido ante aquel favor insigne recibido de Ella, cuando su madre la invocó en horas de angustia, bajo la advocación de Nuestra Señora de Torreciudad? Mons. Escrivá de Balaguer —conviene recordarlo— fue hombre de corazón católico —universal— y esa catolicidad se puso también de manifiesto en su devoción a la Virgen, a la que acudió a venerar en innumerables santuarios de Europa y América. Pero el Siervo de Dios nunca se olvidó de su tierra natal, y por eso se sintió siempre —también— español y aragonés. A aquella larga historia de fe y piedad mariana, que representan los nueve siglos de culto a la Virgen



Romería desde el Crucero, mayo de 1975.

de Torreciudad, quiso sumarse con amor y gratitud el Fundador del Opus Dei. Tal es la razón de que, bajo su impulso espiritual, se pusieran los medios para levantar allí un Santuario destinado a ser digna morada de la imagen de Nuestra Señora, tras una cuidadosa restauración que devolvió a la vieja talla románica su genuina y bellísima forma originaria.

¿Cuál era, en sus líneas maestras, el pensamiento de Mons. Escrivá de Balaguer sobre lo que habría de ser Torreciudad? Lo apuntaba en unas declaraciones a la prensa, mientras se ultimaban los preparativos para dar comienzo a las obras: *Se hará un Santuario a la Santísima Virgen (...). El proyecto comprende además un Centro de Formación Rural, para la promoción de una vasta gama de labores sociales y educativas que se irán realizando en toda la comarca. Y a la pregunta de cuáles eran los frutos que esperaba de Torreciudad, el Fundador del Opus Dei respondía sin vacilar: Espero frutos espirituales: gracias que el Señor querrá dar a quienes acudan a venerar a su Madre Bendita en su Santuario. Esos son los milagros que yo deseo: la conversión y la paz para muchas almas.*

En una carta, Mons. Escrivá de Balaguer exponía con más detalles cuáles eran aque-

llos frutos que esperaba de Torreciudad: *Un derroche de frutos espirituales espero, que el Señor querrá hacer a quienes acudan a su Madre Bendita ante esa pequeña imagen, tan venerada desde hace siglos. Por eso me interesa que haya muchos confesonarios, para que las gentes se purifiquen en el santo sacramento de la penitencia y —renovadas las almas— confirmen o renueven su vida cristiana, aprendan a santificar y amar el trabajo, llevando a sus hogares la paz y la alegría de Jesucristo: la paz os doy, la paz os dejo. Así recibirán con agradecimiento los hijos que el cielo les mande, usando noblemente del amor matrimonial, que les hace participar del poder creador de Dios: y Dios no fracasará en esos hogares, cuando Él les honre escogiendo almas que se dediquen, con personal y libre dedicación, al servicio de los intereses divinos.*

¿Otros milagros? Por muchos y grandes que puedan ser, si el Señor quiere honrar así a su Madre Santísima, no me parecerán más grandes que los que acabo de indicar antes, que serán muchos, frecuentísimos y pasarán escondidos, sin que puedan hacerse estadísticas.

El impulso espiritual del Fundador del Opus Dei removió a muchos miles de corazones, que con su ayuda generosa hicieron



Mons. Escrivá de Balaguer consagra el altar mayor del Santuario.

posible la construcción del Santuario. Dos veces pudo Mons. Escrivá visitar Torreciudad mientras se realizaban las obras. La primera en 1970 cuando apenas se había iniciado los trabajos; la segunda en 1975, cuando el Santuario estaba ya prácticamente terminado. El recuerdo de las dos visitas ha quedado grabado de modo indeleble en la historia de Torreciudad.

Dos romerías

La primera visita tuvo lugar el martes 7 de abril de 1970. Fue una romería de penitencia. Un kilómetro antes de llegar a la Ermita de la Virgen, el Siervo de Dios se quitó los zapatos y los calcetines, porque quería hacer descalzo esta última parte del recorrido. El camino, todavía sin asfaltar, estaba mojado por la lluvia y lleno de grava. Mons. Escrivá fue rezando con los que le acompaña-

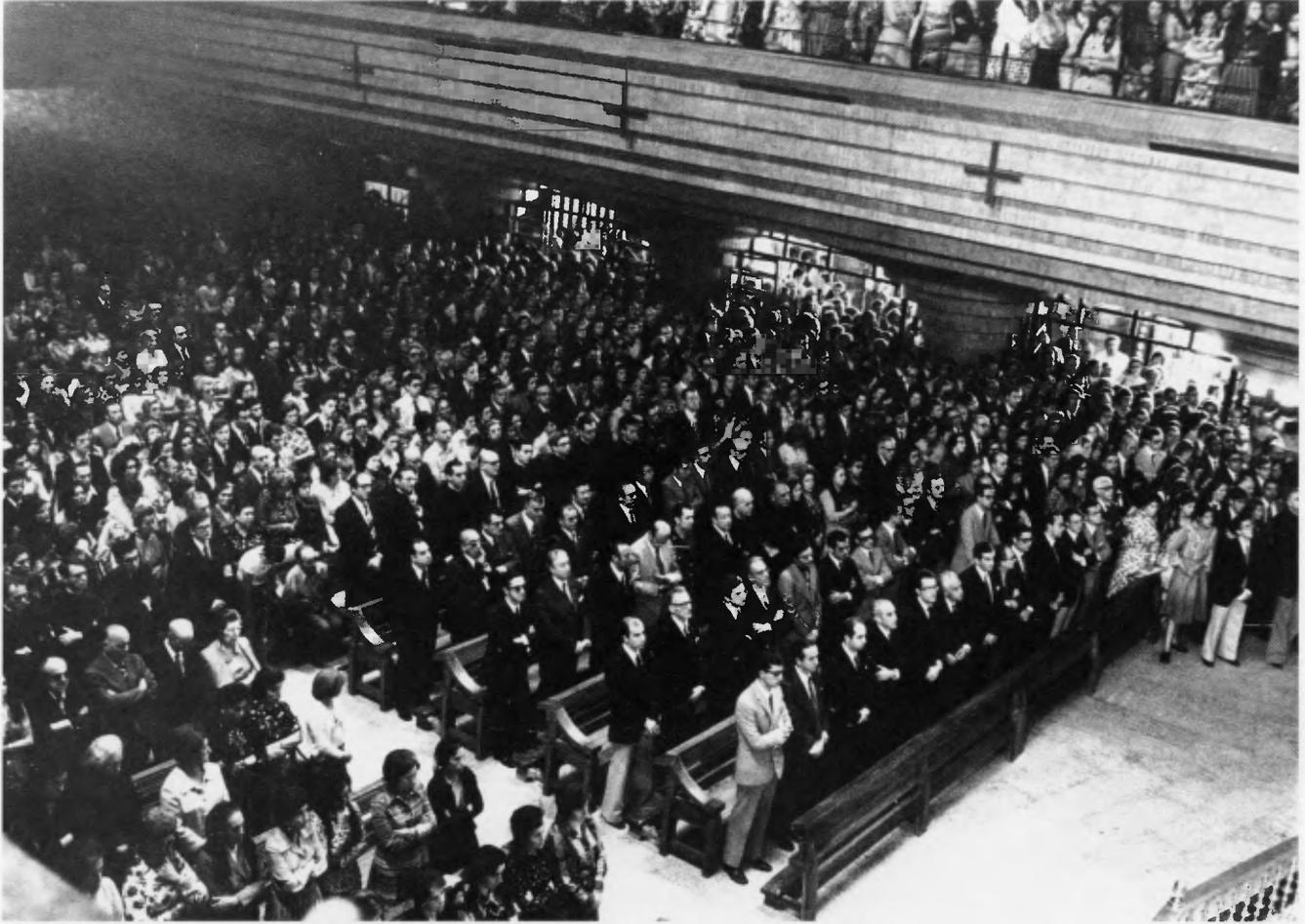
ban las tres partes del Rosario, intercalando entre ellas el salmo *Miserere*, el *Magnificat*, la *Salve*, y otras oraciones y jaculatorias marianas. Llegados a la Ermita, comentó: *Después de sesenta y seis años, es bien poca cosa lo que estoy haciendo por la Virgen (...). No hago nada extraordinario.* En la Ermita entonó la *Salve* y, de rodillas, rezó el *Benedicta sea tu pureza*. Había preparado un libro de firmas y le pidieron que pusiera algo. *No suelo hacer esto —respondió— pero pondré una cosa.* Y escribió: *Madre mía y Señora mía de Torreciudad, Reina de los Ángeles, monstra te esse Matrem y haznos buenos hijos, hijos fieles. Torreciudad, 7 de abril de 1970.*

Cinco años más tarde, en 1975, el Fundador del Opus Dei hizo su segunda y última visita a Torreciudad. Hacía tiempo que el Ayuntamiento de Barbastro —que ya en

1947 le había nombrado Hijo Predilecto— deseaba entregarle la Medalla de Oro de la Ciudad. El acto se celebró el 25 de mayo, y desde el día 23 al 26 de ese mes, Mons. Escrivá de Balaguer permaneció en Torreciudad. Fueron jornadas inolvidables para la historia del Santuario. Mons. Escrivá se llenó de gozo al verlo prácticamente terminado, al contemplar, hecha realidad, aquella *locura*, aquel *sueño*. *Con material humilde, de la tierra* —comentó en algún momento— *habéis hecho material divino.* Pero como tantas veces, la sombra del dolor —un dolor que le hizo sentirse *muy cansado, muy abrumado*— se hizo presente en aquellas horas gozosas: a última hora del día 24, recibió la noticia del fallecimiento en Roma de un hijo suyo, sacerdote, don Salvador Canals, uno de los primeros que había enviado muchos años antes para hacer el Opus Dei en Italia.

7 de julio de 1975. Apertura al culto del Santuario con una Misa en sufragio de Mons. Escrivá de Balaguer.





Aspecto de la nave (7 julio 1975).

Era la Santa Cruz, que marcaba una vez más con su impronta la vida del Fundador del Opus Dei.

Dos momentos, al menos, de la estancia de Mons. Escrivá de Balaguer en Torreciudad es preciso recordar todavía. El 24 de mayo consagró el altar mayor del Santuario, que ocupa el centro del presbiterio. Al terminar la ceremonia dirigió unas palabras a los presentes: *Ahora —les dijo— querría que sacáramos las consecuencias que yo procuro sacar personalmente siempre que consagro un altar. Nosotros también somos altares dedicados a Dios.* Y añadió luego, tras recordar la relación que existe entre la unción con que se consagra un altar a Dios y las unciones que recibe el cristiano: *¡Qué alegría sentirse ungido desde el día que nace uno hasta que muere! Sentirse altar de Dios, cosa de Dios, lugar donde Dios hace su*

sacrificio, el sacrificio eterno según el orden de Melquisedec. El segundo momento fue en la tarde del domingo: el Fundador del Opus Dei se confesó en uno de los confesorios de la capilla de la Virgen del Pilar, con Mons. Alvaro del Portillo, actual Prelado del Opus Dei, que sería su sucesor.

Al cabo de los años

El lunes 26 de mayo, a las once y media de la mañana, Mons. Escrivá de Balaguer abandonó Torreciudad. Ninguno de los que le despedían, llenos de emoción, podía adivinar que un mes justo después —el 26 de junio— casi a la misma hora, el Señor llamaría a la Casa del Padre a su siervo bueno y fiel. Y el 7 de julio, el Santuario se abrió oficialmente al culto con una solemne Misa

de difuntos por el alma del Fundador del Opus Dei.

Han corrido los años desde la jornada inaugural del Santuario y se cuentan por millones las personas que han venido en romería a Torreciudad. La Santísima Virgen sigue recibiendo aquí el homenaje de devoción de sus hijos de siempre, las gentes del Somontano aragonés que la han visitado y venerado durante nueve siglos. Pero a ellos se unen ahora otras gentes de todas las partes del mundo, que acuden a saludar a Nuestra Señora en su nueva Casa, más espaciosa que la primera, porque la familia se ha multiplicado y tiene que haber sitio para todos. Y la Cripta de confesonarios ha sido

ya testigo silencioso de innumerables *milagros espirituales*, aquellos que deseaba ardentemente Mons. Escrivá de Balaguer, como la expresión más genuina del amor misericordioso del *Dios que perdona*.

A los pies del Pirineo, bajo la mirada maternal de Nuestra Señora de Torreciudad, Reina de los Ángeles, este gran hogar de piedad mariana que es el nuevo Santuario, ha comenzado a vivir nuevas páginas de su secular historia; de ellas podrán decirse, sin duda, aquellas palabras santamente ambiciosas que tantas veces repitió, lleno de fe, el Fundador del Opus Dei: *¡Soñad y os quedaréis cortos!* La historia futura —estamos ciertos de ello— le dará una vez más la razón.

© *by* EDICIONES RIALP, S.A., Sebastián Elcano, 30, 28012 MADRID.